SEGUNDA PARTE.

LEYENDAS Y POEMAS.

BLANCA DE NIEVE.

CUENTO.

(A mis hermanas María é Isabel.)

I.

Amaneció.—La mañana,
llena de luz y colores,
reflejaba sus albores
en la llanura lejana.
Era la hora bendita
en que llena de grandeza
despierta naturaleza
con su hermosura infinita.
Los jazmines perfumaban,
los arroyuelos corrian
y las palomas gemian
y los pájaros cantaban.
Allá en la extension lejana
como una grata oracion,
se escuchaba el dulce son
de la piadosa campana.
Y entre un mundo de colores
se alzaba en ondas süaves
la música de las aves
y el incienso de las flores.

II.

Blanca de Nieve reia,
reia como una loca;
sobre su purpúrea boca
la dicha resplandecia.
Sus ojos eran muy bellos,
verdes, como la esmeralda
y tendidos en su espalda
ondulaban sus cabellos.
Como una corza ligera
corriendo la dulce niña,
parecia que en la campiña
jugaba la Primavera.
Junto á la orilla del rio
un bosquecito formaban
mil rosales que se alzaban
empapados de rocío.
Como una flotante ondina
que apénas la planta mueve,
llego allí Blanca de Nieve
bulliciosa y peregrina.
En medio de los rosales
ligera se deslizó
y su rostro se bañó
con las gotas matinales,
y asomando su cabeza
por entre todas las flores,
mostró un conjunto de amores
de encantos y de belleza.
Aquella tez hechicera
por el rocío bañada,
se mostraba iluminada
de una sonrisa ligera.
Sus verdes ojos temblaban

y en sus pupilas errantes
dos solecitos brillantes
como un punto fulguraban.
Y entre tanto, las palomas
con sus gemidos seguian
y las flores despedian
un mar inmenso de aromas.

III.

Blanca de Nieve habitaba
en la comarca vecina,—
donde su gracia divina
á todo el pueblo encantaba,—
con un mundo de quimeras
en su acalorada mente
y en su pecho el fuego ardiente
de catorce primaveras.
Sus padres la bendecian,
los ancianos la besaban
y las mozas la envidiaban
y los mozos la veian.
Pero en su ilusion profunda
fijos los ojos del alma,
vivia sin quietud ni calma
siempre errante y vagabunda.—
Al salir el sol, la niña
saltaba ansiosa del lecho,
dejando el paterno techo
y corriendo á la campiña.
En ella permanecia
hasta que se iba la aurora
y pasando aquella hora
á la comarca volvia.
Y siempre alegre y risueña,
llena de paz y esperanza,

entreveia en lontananza
una ventura halagüeña.
Su madre luego enfadada
por su inquietud la reñia,
mas ella le respondia
con una dulce mirada.
Y haciendo la dicha cierta,
soñaba en su alegre vida
con la ventura, dormida;
con la esperanza despierta.

IV.

Ondulando el talle breve
y corriendo desalada,
á la campiña encantada
¿qué iba á hacer Blanca de Nieve?....

V.

Cuando en la mañana aquella
llegó á la orilla del rio
donde el húmedo rocío
bañó su carita bella,
una voz dulce, armoniosa,
tan débil como un suspiro,
tan suave como el cefiro
que pasa sobre una rosa,
la llamó quedo, muy quedo,
diciéndole:—Blanca, ven
aquí te espera tu bien;
acércate.... ¿tienes miedo?—
Trémula, convulsa, inquieta,
se acercó Blanca de Nieve
y vió salir algo leve
del cáliz de una violeta.

Algo ténue, refulgente
como un ligero vapor....
Era el alma de una flor,
era un silfo trasparente.
Los colores de la rosa
sus mejillas reflejaban
y en sus hombros se agitaban
dos alas de mariposa.
Era un niño angelical,
blanco como la azucena;
en su pupila serena
fulguraba lo inmortal.
Tenia los ojos tan bellos
que al sol hicieran agravios;
rojos y húmedos los labios
y muy rubios los cabellos.
Blanca absorta lo veia
flotando sobre las flores.
El genio de los amores
ser el silfo parecia.

. . . . . .

VI.

Los arroyuelos corrian
y lánguidos murmuraban;
todas las flores temblaban,
todas las fuentes gemian.
La brisa de los jardines
envolvia en sus rumores
música de ruiseñores
y perfume de jazmines.
En los rosales del rio
Blanca y el silfo se hablaban,
uno y otro murmuraban:
—¡Niña mia!—¡Niño mio!—

Y entre aquel mundo de aromas
encantado y vaporoso,
se oia un ruido misterioso
como besos de palomas.
—¿Me quieres?—le preguntaba
el silfo á la niña aquella,
que con amante querella
tan solo le contestaba.
—Sígueme,—el silfo decia;—
atravesando este espacio,
tengo un hermoso palacio
para tí, gacela mia.
Los dos somos inocentes,
y nuestros castos amores
los envidiarán las flores
y los cantarán las fuentes....
¿No me respondes, bien mio?—
Blanca de Nieve callaba
y tan solo se escuchaba
el blando rumor del rio.
Al fin exclamó llorando:
—¡No puedo, niño, no puedo!...
¡Adios, adios!.... ¡tengo miedo!
Madre me estará esperando.—
El silfo entónces, ligero
echa á volar, y en sus ojos
mostrando fieros enojos
le dice:—¡Ya no te quiero!—
Blanca de Nieve escuchando
aquel acento crüel,
se lanza á correr tras él
desconsolada llorando.
El silfo atraviesa el rio
y la niña enamorada
le grita desesperada:
—¡No te vayas, niño mio!—

En tanto él sigue su vuelo
y ella que tras él avanza,
sobre las aguas se lanza
con terrible desconsuelo.
Tiembla el agua; desparece
Blanca de Nieve en su seno....
El horizonte sereno
y tranquilo permanece.

VII.

Volvió el silfo. De las frondas
desapareció un instante
y saliendo luego errante
de entre las líquidas ondas,
sacó de allí, vaporosa
una almita pura y bella,
y se fué á esconder con ella
en el cáliz de una rosa.

ABRIL DE 1878.

LA LOCA DE LAS OLAS.

BALADA MARINA.

[A Adrian Aguirre.]

I.

Rosa del Mar.

Rosa del Mar, la hechicera,
la niña pálida y blanca,
la de los labios de fuego,
la de apacibles miradas,
todas las tardes se llega
silenciosa y solitaria
á ver el disco del sol
sumergirse entre las aguas.

Allí, sentada, contempla
la espuma rizada y blanca
que forman las negras olas
al morir junto á la playa.
Luego sus ojos se pierden
en la bóveda azulada,

y algunas veces en ellos
se ve brotar una lágrima.

Y el sol se hundia en el ocaso
y la noche se acercaba
y en tanto Rosa del Mar
seguia junto á la playa.
Ya se iban los pescadores
retirando hácia sus casas
y ya las flores marinas
su blanco broche plegaban,
y Rosa del Mar seguia
silenciosa y solitaria....

*

¿Qué tiene la niña bella,
la de las tristes miradas,
la de los cabellos de ébano,
la de tez pálida y blanca?
¿Qué tiene la maga hermosa,
habitante de las playas,
que va sola y siempre errante
como el genio de las aguas?
¿Qué tiene que así á los cielos
sus negros ojos levanta,
como buscando algun astro
en la bóveda azulada....?

Dicen que suspira mucho,
las gentes de la comarca;
dicen que llora y se queja
y dicen, en fin, ¡que ama!
Tal vez será. Pero el caso
es que nadie sabe nada,

pues solo las olas saben
los secretos de su alma.

Sus padres la quieren mucho,
y al verla triste y callada
se afligen sobremanera
y le preguntan la causa.
Pero ella les responde
que la tristeza de su alma
tiene por motivo solo
de la inmensidad el ansia.

Y Rosa del Mar, cayendo
la tarde, sola y descalza,
sus piés hundiendo en la arena
húmeda y fria de la playa,
se dirije hácia las costas
silenciosa y solitaria,
para llenar con la vista
del Océano, sus ansias.

II.

Ella.

Se oye sonar la campana
de la oracion, y desiertas
quedan las costas marinas
entre las sombras envueltas.
Allá muy léjos, muy léjos
se escucha la dulce queja

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. POSTAL 1625 MONTERREY, MEXICO

que á las palomas arranca
de la noche la tristeza.
Y cuando el alcion marino
su dulce cántico eleva,
y cuando zumba en la costa
la brisa del mar con fuerza,
una voz á los oidos
de aquella muchacha llega.

"Mi barquilla, de las olas
"se mece al lánguido halago;
"de aquí parte el eco vago
"de mis tiernas barcarolas."

"La campana del lugar
"manda su voz á mi oido
"y á su fúnebre tañido
"mezclado va mi cantar."

"Y es mi canto para tí
"como es para tí mi vida;
"en cambio, niña querida,
"siempre, siempre piensa en mí!"....

Y la voz calla y se pierde
como la última queja
que lanza el pájaro herido
del cazador por la flecha.

- - - - - - - - - - - - - - - - - - - -

Rosa del Mar, conteniendo
la respiracion, se acerca
pensativa y silenciosa
á las casas de la aldea,
y al llegar á una, do se halla

una jóven hechicera
tambien silenciosa y triste,
llorando junto á una puerta,
de celos y de despecho
un grito contiene apénas,
y se aleja murmurando:
—¡No me cabe duda! ¡es *Ella!*

III.

Barcarolas.

—

La noche ha tendido su manto de sombras
y envuelve á la tierra con negro capuz,
algunas estrellas salpican el cielo
y vierten apénas su pálida luz.
La playa está sola; las aves marinas
calladas se miran allí descansar,
y en tanto en las rocas enhiestas y firmes
rugiendo se estrellan las olas del mar.

La brisa ligera, rizando las olas,
penachos de espuma levanta do quier,
y allá en el Oriente, rompiendo las sombras,
la luz de la luna se ve aparecer.
De blanco, muy blanco se tiñe el Océano,
la luna en las aguas comienza á rielar;
agitan sus alas las blancas gaviotas
y crecen y truenan los tumbos del mar.

En tanto á lo léjos se acerca callada,
cual vago fantasma de niebla y crespon,
hermosa una niña que llega á la playa
mojando en la arena su pié seductor.
Flotando el vestido, más blanco que el rayo

que deja la luna sobre ella caer;
flotando el cabello, más negro que la ola
que se alza encrespada rugiendo al crecer.

Las casas se miran blanquear á lo léjos,
la cruz de la torre se mira brillar,
la brisa murmura, los astros cintilan
y se oye imponente la voz de la mar.
¿Qué busca la niña tan sola y callada
que á esta hora á la playa se arriesga á venir?
¿Quién es? ¿por qué eleva sus ojos buscando
un *algo* que acaso no está en el zafir?....
De pronto su frente se yergue y se lleva
las manos al pecho, y un blando rumor
entrando en su alma, le halaga el oido.
¡Aquel es un canto bendito de amor!

—"Rayo de luna que te resbalas
sobre las ondas del mar azul;
blanca gaviota que con tus alas
cruzas el éter, ébria de luz.
"Nítida fuente, claro arroyuelo
que en tu sonoro, manso raudal,
vas retratando rayos de cielo
sobre las linfas de tu cristal.
"Alta y erguida, gentil palmera
cuyo pié firme viene á besar
la blanca espuma de la ribera
la húmeda arena que moja el mar....
"Cuando se acerque la pescadora
de ojos azules, soles de amor,
de frente nácar como la aurora,
¡decidle todas lo que la adora,
lo que la quiere mi corazon!"—

Y oyendo la niña las últimas notas
de aquella amorosa, divina cancion,

dice:—¡Yo no tengo *los ojos azules!*....
¡Me engaña el ingrato! ¡traiciona mi amor!

IV.

En la playa.

—

Allí, sobre una roca,
tendiendo silenciosa la mirada
por los anchos espacios del Océano,
tan solo alcanza á descubrir la nada.
El canto se perdió como un gemido
que en el aire se apaga y desparece,
como la nota musical que brota
del arpa, y al brotar se desvanece.

Esta es la vez postrera
que se atreve á venir aquella niña
pálida y hechicera.
Allí estará.... en tanto no se tiña
con las rójizas franjas de la aurora
el inmeneo cristal de la ribera.

¿Qué busca?—Sus oidos
¡ay! escucharon ya de aquellas notas
los débiles sonidos,
y triste su mirada
brilla febril, pero se extiende en vano
por la inmensa, sin fin, nunca acabada
solitaria llanura del Océano.

¡Pobre mujer! A solas sollozando,
de pié sobre la roca de la playa,
sus manecitas lánguida juntando,

espera.... no sé qué.... pero esperando
su delicado cuerpo se desmaya.

Y allí estará miéntras la roja niebla
no se alce del Oriente,
y el crepúsculo ténue con sus rayos
venga á besar su alabastrina frente.
Sola con el pesar que la devora
alza al cielo su límpida mirada....
¡Ay! que no la sorprendan extasiada
las sonrosadas tintas de la aurora!

V.

La barca.

—

En tanto la azulada superficie
del infinito Océano
se quiebra con el golpe de unos remos
que empuña fuerte y vigorosa mano.
Casi toca la orilla,
levantando, al zurcar, olas de espuma,
ligera navecilla
que se acerca flotando entre la bruma.

Las pálidas estrellas desde el cielo
dejan caer sus rayos de consuelo
sobre las limpias aguas.
Rumor de voces, ecos de suspiros
salen de entre la barca y se los lleva
el aura errante en sus revueltos giros.

De pié sobre la barca,
suelto al aire el cabello;
el resplandor callado de la noche

sobre su rostro bello,
está un jóven gentil. Tiene á su lado,
estrechando en sus brazos su cintura,
un ángel de belleza.... Enamorado
deja caer un beso apasionado
sobre su frente pura.
Pero al sonar el beso
del espacio en el ámbito profundo,
se fué á mezclar con el perdido grito
que arroja el moribundo
al emprender, desde el ingrato mundo
su silencioso viaje al infinito!

¡Era Rosa del Mar la que en la roca
esperaba la vuelta de su amante!
Ella era.... ¡pobre loca
que acarició un instante
la ilusion del amor dentro del alma!
¡Una rival le arrebató sus dichas
y del martirio le brindó la palma!....

En tanto los amantes silenciosos,
sobre la mar, con su pasion á solas,
mezclaban sus suspiros vagarosos
con el rumor tranquilo de las olas.

VI.

Muerta.

—

Despues, al otro dia,
encontraron las gentes de la aldea
una muerta en la roca de la playa
bañada toda por la luz febea.

Ya nunca mas volvieron
á ver en noche alguna
á aquella blanca niña que pasaba
como un vago fantasma que alumbraba
el dulce rayo de la triste luna.

¡Ya nunca!..... ¡Pobre mártir
cuya muerte infeliz vieron los cielos!
¿Quién la mató? ¡los celos la mataron...!
¡Ay! sí!.... Rosa del Mar murió de celos...!

*

A aquella pobre amante de la muerte
que cantaba lo triste de su suerte
en dulces y sentidas barcarolas,
los pobres y sencillos pescadores
que nunca comprendieron sus amores,
la llamaban *la loca de las olas.*

FEBRERO DE 1879.

HISTORIA DE UN BESO.

POEMA.

[AL SR. D. JOSE M. FLORES VERDAD].

I.

Ya sé que has empezado
á soñar un placer desconocido;
un placer, que es mejor, aun no soñado,
cubrirlo con el velo del olvido.
Sé que sintiendo ignotas sensaciones,
truecas en realidades tus quimeras,
y crecen sin cesar las ilusiones
al calor de tus quince primaveras.
Ya sé que has empezado
á querer comprender por qué gorjea
un canario que tienes encerrado
y al ver otros canarios aletea.
Ya sé que piensas mucho, y tenazmente
aspiras el olor de las violetas
que tienes en la orilla de una fuente.
Sé que sientes en tu alma
impresiones furtivas y secretas

que te hacen delirar, en santa calma,
con los sueños que tienen los poetas.
Que á la hora del crepúsculo sombrío,
tu semblante hechicero
vá á ver el curso rápido que sigue
una hojita que arojas en el rio.
Y sé, por conclusion, que te persigue,
como al pobre viajero
persigue el espejismo en los desiertos,
un novio que soñastes una noche
cuando aun tenias los párpados abiertos.

Todo esto es alarmante,
pero es más alarmante todavía
que han sorprendido en tu mirada amante
yo no sé qué secreta simpatía
con la mirada errante
de unos ojos oscuros y sombríos,
así, como los mios,
que te ven sin cesar, á cada instante.
Y me han dicho tambien,—esto es más grave,—
que en tus ratos de sueños y embeleso,
tu boca de carmin moverse sabe
con la nerviosa convulsion del beso.

¿Es verdad? ¿No es verdad? Por si lo fuese
voy á darte un consejo,
que has de seguir, aunque no soy un viejo:
ántes,—óyelo bien,—ántes que á un hombre
tu boca llena de entusiasmo bese,
ten presente, María,
acuérdate y medítalo con calma,
que un beso es la donacion del alma,
¡y ésta no vuelve más si se vá un dia!

Y para que lo creas, niña querida,
tú que has dejado por el mundo el cielo,
te lo voy á probar: paso en seguida
á contarte la historia de Consuelo.

II.

Cumplió quince años, se vistió de largo
y á un rincon arrojando sus muñecas,
dejó lo dulce por probar lo amargo
y sus flores cambió por hojas secas.
Dejó de ir á la escuela
y de escuchar los cuentos de la abuela
y su semblante pálido y risueño,
ántes burlon, festivo, casi loco,
fué tomando, tomando poco á poco
el tinte vaporoso de un ensueño.
Soñar y más soñar! Siente Consuelo
una vaga y convulsa
palpitacion interna que la impulsa
á alzar el rostro y contemplar el cielo.
¿Por qué?.... Porque ha soñado
en sus delirios de anhelar profundo,
un semblante hechicero iluminado
con yo no sé qué rayos de otro mundo.
Y lo busca, lo busca delirante,
ahogando en su interior tristes querellas
y paseando su mirada errante
por el ancho confin de las estrellas.
Mira siempre hácia arriba
con la firme creencia
de que lo ha de encontrar, pues miéntras viva
formará aquel ensueño su existencia.

III.

Como vive Consuelo en una casa
inmediata á una huerta, en donde pasa
las noches tristes y los dias risueños,
pensando mucho, revolviendo sueños
y entablando en suspiros y querellas
diálogos con la luna y las estrellas,
su mirada ha tomado
esa intranquilidad indefinible
del que está acostumbrado
á mirar lo invisible.
Sus labios van tomando los colores
que ha pintado el Estío
en las hojas marchitas de las flores,
y sus mejillas puras y serenas
el matiz de las blancas azucenas.

IV.

¿Te interesa Consuelo, ídolo mio?
¿No es verdad que sufria
por el solo ideal de un pensamiento?.....
Por eso sufres tú. Prosigo el cuento:
fíjate mucho en él. Sucedió un dia
que á la hora melancólica y sombría
en que el sol paso á paso
se va á hundir en la tumba del Ocaso,
paseándose Consuelo
por una de las calles de su huerta,
despues de haber mirado mucho el cielo
como buscando en él alguna puerta
por donde ver al novio de su anhelo;
despues que se embriagó con los aromas

que todas sus violetas exhalaban
y llena de emociones que la ahogaban
fué á darles de comer á sus palomas;
se quedó nuestra triste soñadora
fijando su mirada en lo invisible.....
Así estuvo una hora y otra hora
pensando ¿en qué? ¡quién sabe!.... En lo imposible.

V.

Y repentinamente
vuélvese atrás porque á su espalda siente
como el ruido de un cuerpo que caia.
La noche se acercaba lentamente
con su cauda sombría,
y al último reflejo de Occidente
mira á sus piés Consuelo
un hombre, un ángel, ¿qué se yo? un fantasma
á quien juzga caido desde el cielo.
Pero lo más extraño
es que no piense aquella criatura
que desde tal altura
haya caido sin hacerse daño.
Ello es que siente al punto interiormente
una inmensa y terrible sacudida,
así, como se siente
la convulsion primera de la vida.
La brisa murmuraba entre el follaje,
cantaban en lo umbrio los ruiseñores
y temblaban las hojas del ramaje,
y temblaban las hojas de las flores.
Consuelo huir pretende,
pero aquel *ángel* que la ve asustada,
algo como un volcan en su alma enciende
con la inmensa explosion de una mirada.
y en aquel mismo instante,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO